

PRÓLOGO

Cuando apareció mi ensayo La vejez, algunos críticos y algunos lectores me reprocharon no haber hablado más de mi vejez. Esta curiosidad me pareció que a menudo provenía de una especie de canibalismo más que de un verdadero interés. Sin embargo, me ha animado a completar mi autobiografía. Cuanto más me acerco al término de mi existencia, más fácil me parece abarcar en su conjunto ese extraño objeto que es una vida: intentaré hacerlo al comienzo de este libro. Por otra parte, han transcurrido diez años desde el momento en que detuve mi relato y tengo algunas cosas que contar.

En los libros precedentes adopté un orden cronológico, cuyos inconvenientes reconozco. El lector tiene la impresión de que sólo se le da lo accesorio: preámbulos. Parecería que lo esencial está siempre más adelante, más lejos. A cada página se lo espera en vano; y el libro se termina sin haber llegado a una conclusión. Encerrándola en frases, mi relato hace de mi historia una realidad conclusa, sin serlo. Y la desgrana, disociándola en un rosario de instantes fijados, siendo que en cada pasado, presente o futuro estaban indisolublemente unidos. Puedo escribir: me disponía a partir hacia América. Pero el futuro de ese viejo proyecto zozobró detrás de mí como el proyecto mismo, no animado por ningún impulso. Por lo demás, cada época estaba asistida por otras, más antiguas: mi madurez por mi juventud y mi adolescencia; la guerra por la preguerra. Siguiendo la sucesión temporal, me libraba de perderme en las derivaciones. Fracásé en dar a las horas cumplidas su triple dimensión: desfilan, inertes, reducidas a la chatura de un perpetuo presente, separadas de lo que las precede y de lo que las sigue.

Sin embargo, no podía actuar de otro modo. Vivir era para mí una empresa claramente orientada y para dar cuenta de ella me era necesario seguir su marcha. Hoy, las circunstancias son distintas. Por cierto, no me he dedicado a repetirme; después de 1962, el mundo ha cambiado y yo he hecho experiencias nuevas. Pero ningún acontecimiento público o privado modificó profundamente mi situación: yo no he cambiado. Todavía algunos proyectos me son caros, pero no se han integrado en un diseño claramente definido. Ya no tengo la impresión de

dirigirme hacia un fin, sólo la de deslizarme ineluctablemente hacia mi tumba. Ya no necesito el desarrollo del tiempo como hilo conductor; hasta cierto punto, tendré en cuenta la cronología; pero mis recuerdos se organizarán en torno a ciertos temas.